



Mi Lady Wilkinson

Le envié un mensaje de texto esa misma noche, diciéndole que me quedaría cinco días y preguntándole cómo deseaba pasar ese tiempo.

Apenas tuve tiempo de dejar el teléfono.

Menos de dos minutos después, llegó su respuesta.

«Mañana por la mañana a las once.

Aquí, en mi villa de Eaton.

Tomaremos un té inglés.

Dime dónde te alojas.

Le daré la dirección a mi chófer y vendrá a recogerte.»

Sonreí.

La organización era militar.

La elegancia era británica.

La invitación era imposible de rechazar.

Respondí de inmediato.

«A las 10:30 estaré de pie frente al hotel Four Seasons.

Me alojo cerca.

Iré caminando.»

Luego permanecí unos instantes contemplando el mensaje antes de enviar otro.

Estaba realmente involucrado en nuestro encuentro.

Quizá más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Tenía la sensación de estar preparándome para una ceremonia sin Maestro.

Al día siguiente ambos llegamos exactamente a la hora.

El chófer se llamaba Domenique.

Era de origen francés.

Cortés.

Discreto.

Perfectamente educado.

Mientras conducíamos por aquellas calles, me invadió una extraña sensación.

Era como si ya hubiera estado allí.

Mi memoria viajó de pronto hasta 1993.

El mismo lugar.

Con un antiguo colega de Gillette.

Pensé que era una simple coincidencia.

Uno de esos regalos que la vida a veces ofrece sin que se los pida.

Entré en el castillo.

Ella seguía llamándolo villa, por su natural sentido de la modestia.

Para mí, era un castillo.

El segundo que visitaba en mi vida.

El primero había sido el castillo de Bran, en Transilvania.

Había ido allí para conocer a una directora extraordinaria, una mujer magnífica que albergaba al conde Vlad, más conocido como Drácula el Empalador.

Encontré a Maggy sentada en un sillón junto al sofá.

Me saludó con calidez.

Instintivamente, alargué la mano para besar la suya.

En cambio, ella adoptó el protocolo francés.

Tres besos.

Éramos simplemente dos personas separadas por generaciones y unidas por una historia que ninguno de los dos había terminado aún de contar.

Y por primera vez desde mi llegada, Londres ya no me parecía una ciudad.

Me parecía un destino.

Le comenté que, por lo que yo sabía, el ritual del té inglés pertenecía a las cinco de la tarde.

Al menos eso era lo que me habían enseñado en la escuela.

A las once de la mañana, sin embargo, no lograba entender qué había cambiado.

Ella sonrió.

Luego respondió con la seguridad que solo poseen quienes han vivido lo suficiente como para ya no necesitar convencer a nadie.

«Los ingleses beben té siempre que aparentan descansar.

En realidad, es el momento en que piensan.

Es el momento en que toman decisiones.

No hay una hora fija.

El té de las cinco no es más que un formato que alguien institucionalizó para justificar una pausa en el trabajo.»

La escuché sin interrumpirla.

Era una mujer fuerte.

Firme.

Decidida.

Elegante.

Incansable.

Inflexible.

Estaba hecha de acero.

Como sus espadas.

Era Maggy.

Era mi Lady Wilkinson.

Ferdinando Frega